

091. Un adiós provisional

Era verdaderamente hermosa aquella canción, llena de ternura, que tuvo tanto éxito en años ya bastante lejanos: *-Al partir, un beso y una flor, un "te quiero", una caricia y un adiós...*

Hay muchos viajes que se merecen una despedida así. Pero quizá ninguno, aunque parezca lo contrario, como el del último día, al que llaman el del "adiós postrero", por más que nosotros, personas de fe, sabemos que es totalmente provisional.

Jesucristo, el Maestro y guía en el que nos miramos siempre, al asumir todas las realidades nuestras no se eximió de la experiencia más dolorosa de todas las familias, como es el ver partir a un ser tan querido como el padre.

José, el bendito José, muere en brazos de una esposa como María y en los de un hijo como Jesús.

Aquel día en la casa de Nazaret hubo lágrimas, pero también una serenidad grande y una dulce paz, al saber que José era recogido por las manos de Dios..., y al que volverían a ver de nuevo.

Jesucristo mismo, al despedirse de los suyos antes de enfrentar la muerte, les dice con dolor pero con seguridad cierta: *-Me voy, pero volveré a vosotros... Dentro de poco me volveréis a ver* (Juan 14,2; 16,16)

Esta es la realidad de la vida, que se mira con serenidad, con fe, y con la esperanza de saber que todo se reduce a una separación temporal, para convertirse después en una reencuentro definitivo y eterno.

¿Cómo se mira entonces la muerte cuando visita el hogar?... El apóstol San Pablo le dejó escrita a la Iglesia la fórmula más bella y consoladora: *-No se entristezcan ni lloren como los que no tienen esperanza.*

Y les da la razón suprema para aceptar en paz un acontecimiento en sí tan doloroso: *- Porque nosotros creemos que Jesús ha muerto y ha resucitado, y que, por lo tanto, Dios llevará consigo a los que han muerto en Jesús* (1Tes. 4,13-14)

En la familia cristiana ocurre algo muy diferente a lo que suele acontecer en tantas otras que no tiene fe. Para los que no miran el más allá, las lágrimas se secan muy pronto, y viene después el olvido fatal, revelador de que el amor era muy tibio.

La losa más fría que cubre el sepulcro de muchos difuntos no es la piedra o el mármol, sino el olvido en que los dejan los suyos...

En el hogar cristiano, por el contrario, el dolor se convierte en plegaria, en oración que se eleva por el que nos dejó, para que descansa en el seno de Dios.

¡Hay diferencia, desde luego, en el mirar la muerte de una manera u otra! Cuando despedimos al ser querido con los auxilios que la Iglesia pone a disposición del que se va, nos limitamos a decirle, con gozo en medio de la pena:

- ¡Adiós, y hasta pronto!... Te duermes ahora entre los hombres, para despertarte entre las alas de los ángeles...

Una niña norteamericana lo entendió de maravilla, y dio una lección soberana en el hospital de Washington donde se consumía su vida por la leucemia. Nadie más que el Espíritu Santo podía ser el Maestro que hablaba por labios de aquella niña que arrebatava la admiración y el cariño de todos. En su silla de ruedas, recorría los pasillos

del hospital, preguntando a los mayores que encontraba al paso: -¿*Qué ocurrirá cuando me muera?*

Por toda respuesta, se cernía en torno a ella un silencio total, sugerido por un cariño que no sabía qué respuesta dar. Se lo pregunta también al capellán, el cual le interroga a su vez: -*Y tú, ¿qué piensas que va a pasar?*

Y la niña, con naturalidad pasmosa:

- *¡Pues que uno de estos días me voy a quedar dormida y cuando me despierte voy a estar con Jesucristo y mi hermanita...*

Era el Espíritu Santo quien hablaba por aquella boquita inocente, y hacía saber a todos que la muerte une al creyente definitivamente con Jesucristo en su gloria; y lo une también con lazo irrompible a los seres que se amaron en la tierra. Los llantos son de los que quedan abajo; el que sube a las alturas no escucha sino la música celestial.

Mozart, aquel genio de la música, quiso saciarse hasta el último momento de las delicias que para él suponía el oír cantar, y pidió suplicante: -*¡Déjenme oír música una vez más!...* Cesaban las armonías de la tierra, pero empezaban unas melodías celestiales que no concluirían nunca...

Los miembros de la familia, al vivir de la fe, adivinan lo que siente el ser querido que les deja. Puede que los dolores del cuerpo sean intensos, pero el alma está muy en paz. Porque la gracia del Espíritu Santo por los Sacramentos hace fácil y aun agradable ese paso del mundo hasta los brazos de Dios.

Jesucristo, el Salvador, al librar a los creyentes de la esclavitud de Satanás, los libró también del miedo a la muerte, *esclavizados como estaban de por vida al temor de morir* (Hebreos 2,15)

San José de Pignatelli, General de la Compañía de Jesús, asiste a un hermano suyo, que le dice ante la admiración de todos: -*¡Mi querido hermano! Si supieras lo dulce que es morir...*

Y un jesuita ejemplar, de lo más famoso entre los grandes oradores de Francia, que exclamaba: -*¡Qué dicha el morir! ¡Lo he deseado tanto! Me llega la hora de ir a ver a Dios...* (Padre Ravignan)

¿El adiós postrero, dentro de un hogar cristiano?... ¡No! Eso que lo canten los que no tienen fe. Jesucristo dijo: -*El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá* (Juan 11,25). Y le añadió al que se alimentó con su Cuerpo y su Sangre: -*Yo lo resucitaré en el último día* (Juan 6,54). Por eso, con la mirada puesta en Cristo Jesús, el cristiano dice simplemente: *¡Hasta pronto! ¡Hasta la vista!...*